

Subtítulos Stahl: Descubriendo Puerto Rico
Francisco Pabón 2/21/16 12:54 PM

Dr. Agustín Stahl, médico y naturalista,
Bayamón, P.R., 19 noviembre 1898,

por petición del Pres. Wm. McKinley,

le solicito informe sobre la flora,
fauna e historia natural de la isla.

Firma, Comisionado Especial de EE.UU.
para P.R., el Rev. Dr. Carroll.

La historia natural de P.R.
aún no se ha estudiado.

Lo que se sabe es por estudios

hechos en las otras islas.

Por las referencias de nuestros

historiadores y cronistas:

Oviedo, Abbad y La Sierra, Juan Bautista

Muñoz y el francés Ledrú.

Que lo digan mis proyectos.

Ahí están, esta colección,

el sueño de mi vida, un museo de historia

natural para P.R., ¿adónde irá a parar?

¿Qué se conoce de estos animales,

plantas y los orígenes de esta isla?

En realidad, Dr. Carroll, parecería

una simple aglomeración de objetos

casualmente encontrados y recogidos

éstos que figuran en mi colección y,
sin embargo. cuánto trabajo y estudio

lo que me han costado.

Toda mi vida me ha perseguido
una pasión: descubrir

¿cómo se formó la isla?

¿cómo eran esos primeros habitantes,
cuya desaparición fue su cruel destino?

Recuerdo mi primer encuentro con esta exuberante naturaleza, sus
misterios,

y los secretos de su pasado.

Mis aventuras del Río Blanco.

El observador que haya recorrido
en una mañana de primavera o del estío

los campos y selvas de P.R. siente

su espíritu transportado a las sublimes regiones de la meditación.

Vivimos en un país donde la traslación
de un punto a otro en la mayor parte

del año es muy difícil, dado la falta
de vías de comunicación,

las lluvias abundantes de nuestras estaciones
y lo impenetrable de nuestros bosques.

Los indios llamaban a nuestra isla Borikén.

Por su situación geográfica,
situada en la entrada del Mar Caribe,

entre las dos Américas,
su flora representa una profusión de espléndidas especies tropicales,
nativas y de otras partes del mundo.

El café vino de Arabia, la caña y el arroz de España, el plátano y el
coco de Africa, las

quenepas y el níspero de América del Sur.

De aquí son la yuca, la malanga,
el aguacate, el tabaco y otras plantas de
primera necesidad para la riqueza pública.

En este viaje de exploración me
acompañaba mi asistente y amigo, Miguel.

Subíamos por el Río Blanco de Naguabo
al gran bosque tropical del Yunque

en busca de especies desconocidas
y jamás clasificadas.

Toda esta grandeza y hermosura de
nuestra naturaleza, la frescura y ambiente
que se respira, la lozanía de la vegetación,
despiertan en el hombre pensador
otro género de reflexiones más serenas.

En aquellas tinieblas de las noches
de travesía brotaba en el alma

el deseo de levantar la losa sepulcral
que cubre la misteriosa historia de la isla

y de aquel pueblo extinguido cuyo
pasado resucita al contacto con su mundo

y los monumentos que nos han legado.

Las 4 estaciones del año
son apenas perceptibles.

La estación del calor
y grandes lluvias torrenciales

se da entre junio y octubre
en que suelen ocurrir los huracanes.

La superficie es escabrosa, el centro montañoso, y la mayor elevación
es

la Sierra de Luquillo y el Pico del Yunque.

Servían de base a mis estudios
las relaciones de los cronistas y viajeros,

los monumentos que los indios
nos han legado como recuerdo

de su civilización
y las evidencias de las plantas, rocas,

fósiles y animales de nuestra geología
y geografía tropical caribeña.

Descienden de la montaña numerosas quebradas que se transforman
en caudalosos ríos.

Luko o Lukón es el nombre
que los indios le daban

a nuestra más alta montaña.

La coincidencia de este
nombre con el de Anáhuac

sugerían en mí la identidad
de razas entre los pobladores del Golfo

de México y nuestros primeros habitantes.

En busca de ese misterio

me dirigía en esta ocasión
al bosque sagrado de los indios.

Llevábamos días explorando
aquel río y el bosque.

Allí, en aquel río,
tracé la línea de mis futuros

proyectos de naturalista.

Allí, interrogué cada una
de las obras del hombre

y de la naturaleza, buscando qué
aspecto presentaba en remota época

el país que hoy es nuestra patria.

—Miguel. Anoche soñé con ella.

—¿Con quién?

—Con mi primera mujer, la alemana.

Su presencia está aquí en todos sitios.

—Yo también soñé.
Era como una sombra.

Quizá por que mi pai decía siempre
que yo tengo un ser

que me acosa, que me empuja.

No se ría.

Por eso mismo es que yo
me empeño en estas cosas.

Así que Vd. soñó
con la mujer de Alemania.

Don Agustín, ¿cómo era eso por allá?

—Fantástico, Miguel, fantástico.

Allí se está recopilando la historia.

Se está escribiendo el futuro.

Con ella, cada vez que
teníamos oportunidad íbamos a caminar

por el Jardín Botánico,
visitábamos los museos en Berlín.

—Me imagino que esos museos son
como lo que Vd. quiere hacer aquí en P.R.

—Exacto.

Ese es mi gran sueño.

Mi gran ideal de que alguna vez
aquí en P.R. pueda haber un museo

de historia natural donde toda esta vegetación, flora, fauna esté
localizada,

recopilada en un solo lugar.

—¿A Vd. no le molestaría que yo
recopilara mi orito pa' mí también?

—Claro que no, Miguel,
claro que no.

Siempre que salíamos Miguel y yo regresábamos cargados de
especímenes.

Algunos los guardábamos, otros los comíamos, y todos los
catalogábamos,

medíamos y dibujábamos.

El estudio de la naturaleza viene
haciéndose en nuestros establecimientos

de enseñanza en libros publicados
en países cuya flora es completamente

distinta a la nuestra.

De manera, que los ejemplos
que se citan para explicar

la terminología se refieren
a plantas aquí desconocidas.

Por eso, en mis estudios describo
la flora y fauna de P.R.

con ejemplos tomados de nuestras
plantas más comunes y más conocidas.

La publicación de una obra
que sirva de texto en nuestras

escuelas dejo para el que guste
encargarse de tamaño trabajo.

En medio de esta infinita
variedad de especies

el hombre se formula la siguiente transcendental pregunta:

¿habrá la naturaleza dotado a esta
de alguna virtud particular e importante?

16.38. ¡Qué extraño!, que en un país
con una productiva explotación de oro

en los primeros años de la conquista
no pueda aliviar hoy con la riqueza minera

que oculta en sus entrañas el enorme
peso de deudas que gravita sobre

el pueblo desde hace muchos años.

Miguel rompiendo aquellas piedras

me hacía pensar que en inmutable
ciclo de la piedra se ocultaba

el secreto de la creación de la isla
y su posterior colonización española.

Primero, la servidumbre india,
y luego la esclavitud africana

para satisfacer la ambición
de oro de los colonos.

Ahora entendía
que por siglos y milenios

la acción del agua fue transformando
las piedras: la roca grande,

la más pequeña, la arena, el sedimento, depositando los suelos al
fondo del mar.

Allí, la presión del agua,
los movimientos sísmicos

y las turbulencias de la tierra
compactaron la arena y los

sedimentos hasta convertirlos en rocas
enormes, que una vez más formaron

nuestros picos y montañas.

Así ha sido por millones de años.

Nuestros gigantescos árboles
son de maderas durísimas

y sirven para construcción de casas,
muebles y barcos.

Lástima que el fuego de las carboneras
nos amenaza con la desaparición total

de nuestras especies más preciadas.

Apenas ya se encuentran

árboles como el yaya, maricao,
ausubo o el tortugo amarillo.

No tenemos más que
interrogar la superficie del suelo

para satisfacer nuestra curiosidad
acerca de la historia geológica

de nuestra isla.

Inmensas moles de granito
amontonadas en la cúspide,

unas sobre otras, aparecen
en imponente confusión.

La isla entera debía en la
antigüedad más remota

yacer bajo el mar, hasta
que un cataclismo modificó

su topografía y proyectó
los relieves de nuestras montañas.

La potencia volcánica central
elevó nuevamente y con violencia

las masas graníticas que constituyen
el Yunque de nuestra isla.

Entonces brotaron súbitamente
del seno de la tierra

las escarpadas montañas
de Luquillo, Naguabo y Yabucoa.

El río era como mi pensamiento.

Una corriente que me llevaba
en una dirección ineludible.

Para apreciar la flora y fauna
había que entender las condiciones
geográficas y la formación geológica
de la isla y finalmente sobre el
conjunto de suelos, plantas y
animales se levantaban las huellas
de los seres que la habían
poblado antes de los españoles.

Un día se nos apareció
uno de esos hombres que son
piedras de toque con el pasado.
¿Quién no diría que aquel hombre
del bosque, uno de los últimos
habitantes de nuestra selva,
no era hijo del legendario Carabalí?

—Yo vine pa' ca, buscando huír,
seguí caminando y pasé hacia allá,
buscando hacia allá, adonde
era el bohío de mi abuela.

Estaba aquí cuando pasé
y allí estaba el culebrón.

Búscalos,
hay un entierro ahí,

debajo. Búscalos.
Sí, búscalos,

está. Ahí está.

—Ahora entiendo
el exterminio de este pueblo.

Perseguido por las jaurías, abatido
por el hambre, mutilado por la espada.

—Sí, y antes de mí, habían unos
y vendrán otros y otros más.

Cuando yo me huyí de allá,
ése muñeco me salvó la vida.

Lo agarré y me fuí allá, sí.
Allá me encontré con un culebrón

grande, así, y me fuí, y me fuí,
hasta que llegué.

Pero ése ñeco,
ése me salvó la vida.

Sííí, quieto, no me lo lleve,
que me salvó.

Ese entierro lo saqué yo.
Abralo. Abralo, sí.

—Abralo, Vd.

—Apenas quedan muchas
cosas aquí.

Parecen cartas, parecen restos,
pedazos de un diario...

“1868. No sé qué hacer.
La muerte de Papá ha sido un

golpe para la familia.
Tampoco ayuda la rebelión el Lares.

Los criollos y mulatos están alzados.
Creo que venderé la finca.”

—“22 dediciembre de 1849.
De nada sirve Régimen de la Libreta.

Es un fracaso como todo lo de este gobierno. Más nos vale un negro cimarrón...”

—Ese fuí yo.

—“...que 6 enclenques arrimados.

Aquí nos llegó uno que es un toro en este bosque...”

—Ese fuí yo.

—“...es víspera de Navidad.”

—“Es el Día de los Muertos.
Papá mandó la primera cosecha

de 1500 quintales. Llevamos 5 años
en este monte perdido de Dios,

que más que monte es un infierno.”

Yo lo ví todo. Se cayó el monte,
se secó el café, se murió el Corso.

Se lo comió el comején.
Todo quedó destruído y

quedé yo en nada, mira.
Después se lo llevó la paja.

Todo quedó así.

Y así, sólo el río quedó en
aquella soledad de sueños y recuerdos.

El río, como el fluir del tiempo
que arrastra en su corriente

el lamento de voces que nadie conoce.

Después de aquel encuentro
no podía dudar más que el

origen de nuestros indios había
de buscarse entre las razas que
habitaban el vecino continente.

Las figuras talladas en piedra
de nuestros indios guardan

analogía notable con las de
México y Yucatán. De hecho,

no puede negarse conexión de
origen entre los pueblos borincanos

y los del Golfo de México.

Difícilmente encontraremos
en las Antillas otra colección

tan numerosa. Y debemos
recordar que esta colección

se ha levantado por el esfuerzo
de un solo individuo sin la cooperación

del gobierno o centros oficiales.
Todo esto en un país donde tal

clase de especulaciones intelectuales
se traducen por aberraciones mentales.

Dr. Carroll, quizá
todo no sea más que una quimera,

una halagueña esperanza,
una vana ilusión,

pero sigo creyendo que es
posible realizar esta obra

por más difícil que lo parezca.

